

Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

Instantáneas.

(Matilde Pretel.)

SUMARIO

TEXTO

DE TODO UN POCO

FOR

Luis Taboada

LA CUARTA PLANA

FOR

Juan Pérez Zúñiga

BORRACHERA

FOR

Eduardo Bustillo

¡ALELUYA!

FOR

Alfonso Benito Alfaro

UN DÍA DE LLUVIA

FOR

J. López Silva

EVOTERAPIA

FOR

José Estremera

EL SACRIFICIO

FOR

Sinesio Delgado

CHISMES Y CUENTOS

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

ANUNCIOS



GRABADOS

INSTANTÁNEAS

(Matilde Pretel)

AVENTURA EN LA PLAZA

DE MADRID

(dos viñetas)

UN DÍA DE LLUVIA

(dos viñetas)

EVOTERAPIA

(cuatro viñetas)

ESPAÑA CÓMICA

(Albacete)

FOR

Cilla



He vuelto locos
con unas firmas
á las empresas
y á los golillas.

Por mí se agravian,
por mí se pinchan...
¡Valemos mucho,
por más que digan!

DE TODO UN POCO.

Cualquier cosa podrá decirse de los dependientes de consumos menos que no son amables.

Da gusto verles con el pincho en la mano, deteniendo transeuntes y diciéndoles con la mayor finura del mundo:

—¡Fa! Desabróchese usted. A ver qué bulto es ése.

A lo mejor resulta que no hay tal bulto y que el transeunte es una persona de bien, ajena á las sugerencias de la defraudación, y entonces el dependiente, lejos de irritarse, gira sobre sus talones y se mete en el fielato silenciosamente. Otras veces introduce en la boca el dedo índice de la mano derecha y se lo muerde para dar á entender que se ha equivocado. Pero no pasa de aquí.

Lo cual viene á demostrar que los dependientes son personas de costumbres sencillas.

Sin ir más lejos, la otra tarde un guardia de consumos se acercó cariñosamente á un transeunte, y con la mayor delicadeza del mundo le soltó un garrotazo en la nuca, confundiéndole con un matutero.

Aquí se ve claramente que el guarda era hombre de educación exquisita, pues se limitó á esgrimir el garrote, pudiendo haber disparado un tiro ú dos.

Con guardas así, da gusto ser español y vecino de la corte, porque sale usted á pasear por las afueras y tiene la seguridad de que todo lo que le puede ocurrir es que le rompan la cabeza los dependientes de consumos.

—Vaya, vaya— dijimos al dependiente en cuestión.—¿Conque le ha soltado usted un palo horroroso á un infeliz?

Y el hombre contestó:

—¡Pchs! ¿A qué está uno? Yo bien hubiera querido reventarle completamente; pero no me lo permite la educación, ni los buenos sentimientos que he heredado de mis mayores.

Todos estamos convencidos de la amabilidad que caracteriza á esos funcionarios con pincho, y pasamos por delante de las casillas completamente descuidados, en la seguridad de que nos darán un palo ó dos, sin otras consecuencias.

La costumbre lo hace todo. De manera que no es raro oír conversaciones como ésta:

—¿Vas á salir, Verecundo?

—Sí; voy á dar un paseito higiénico hacia la Bombilla.

—Pues ponte el chaleco de gamuza, que siempre ofrece más resistencia.

—¿Para qué?

—Para cuando te peguen los guardas de consumos.

—¡Pero si no pienso introducir matute!...

—No importa. La otra tarde salió á paseo la vecina del segundo, y antes de llegar al fielato ya le habían dado tres bofetadas los dependientes, confundiéndola con la *Pelona*, que es una matutera reputadísima.

Hay hombre que, en cuanto ve á los de consumos, ya les está diciendo:

—Antes de nada, voy á hacerles una recomendación. Si piensan ustedes pegarme, no me opongo, pero procuren no pegarme en la cabeza, que la tengo muy delicada.

Y como los dependientes son buenos y cariñosos de suyo, acceden á la pretensión y pegan solamente desde el pescuezo para abajo. Por eso digo que da mucho gusto ser español y vecino de la corte.

* *

En cuanto comienzan los fríos, la humanidad abusa de la alimentación y se entrega á la carne con desenfreno, sin hacerse cargo de que los animales tienen derecho á la vida.

La mayor parte de los cerdos que devoramos son tan dignos de consideración como cualquiera otro ser de los llamados racionales, y á lo mejor saludamos con respeto á un prestamista, y nos vamos á comer acto seguido una chuleta de cerdo, cuando lo natural sería que utilizáramos al prestamista como alimento y saludáramos á los gorrinos en calidad de sujetos apreciables.

La Sociedad protectora de los animales y de las planta va echando en olvido su benéfica misión.

No hay quien redima al buey, que vive uncido á la carreta, ni quien auxilie á la chinche contra la persecución del vecindario.

Cada vez que veo á las cocineras corriendo detrás de las cucarachas, pienso en que aquellos bichos inocentes tendrán hijos, y

en que un escobazo vil puede sembrar el luto en un hogar honrado.

Hay pocas personas que tengan verdadera conciencia de sus deberes en el mundo. Entre éstas figura D. Agapito, alma grande y generosa, que protege á todos los animales, desde el aguador hasta el besugo. Jamás ha matado una pulga, ni ha hostilizado á ningún mosquito, ni ha hecho armas contra las hormigas que invaden la despensa de su casa.

En cierta ocasión se constituyó en enfermero de una mosca acatarrada, á quien devolvió la salud y la libertad.

La esposa del filántropo le decía:

—Agapito, no te sacrifiques por nadie. La mosca es ingrata por naturaleza; quizá esa misma que hoy proteges vendrá mañana á picarte en la nariz.

—Tengo la satisfacción de haber cumplido con mi deber, y eso me basta—respondía él.—¿Quién sabe si esa mosca habrá tenido madre y bendecirá mi acción desde el cielo?

* * *

Para todo hay que pedir permiso á la autoridad, y al que no lo pide lo revientan.

Díganlo si no los padres de familia que regresaban del *meeting* de Zaragoza y se vieron obligados á huir, ante las amenazas de los agentes de orden público.

Nadie puede indignarse sin consentimiento del gobernador civil, y ha de llegar día en que tengamos que acudir para todo á la presencia de la autoridad civil de la provincia, diciéndole, verbi gracia:

—Señor gobernador, vengo á manifestar á V. E. que voy á ser padre de un momento á otro. Mi esposa está desde ayer revolcándose en el felpudo del pasillo.

—¿Y qué?

—Es una costumbre que tiene antes de dar á luz. Pues bien, yo venía á pedir permiso á V. E. para protestar contra este nuevo fruto, que hace el número 11.

—Proteste usted con toda confianza, pero sin lanzar gritos subversivos.

¡Caramba! Es fuerte cosa esto de que no le permitan á uno indignarse cuando llega la ocasión. Por ese principio, mañana estrena Becerra una obrita y tendré que permanecer silencioso.

No, pues á mí, aunque lo mande el gobernador, no habrá quien me quite el gusto de protestar contra las obras de Becerra.

Luis Calçada.

★

LA CUARTA PLANA

—Purita.

—¿Qué me quieres?

—Oye, hermosa:

mientras yo coso esto, tráete aquí *El Liberal*; léeme la plana de anuncios, y podremos saber quizá si alguno ofrece hallazgo por el dichoso perro que ayer nos encontramos junto á casa.

—Bien, mamá; ya comienzo.

«Una viuda con vistas á la calle desea un caballero.»

—Eso no nos importa.

—«Muebles...»

—Nada.

«Chorizos extremeños.»

«Dinero sobre alhajas...» «Madame Bruna realiza mil sombreros...»

—Que sea enhorabuena. ¿A ver qué sigue?

—«Se vende un mitor virjo.»

«Nodriza de Gijón con leche fresca de dos meses y medio...»

¿Y no se echa á perder en diez semanas?

Dí, mamá, ¿cómo es eso, cuando aquí se avinagra con un día que al aire la dejemos?

—Ya te lo explicaré más adelante.

Ahora sigue leyendo.

—«Doctor Morales.»

—Pásalo por alto.

—Lo pasaré. «Misterios del lecho conyugal. Libro curioso.»

—Sigue. (¿Qué cosas, cielos!)

—«Doctor especialista en...»

—(¿Caracoles!)

—Sigo. «Males secretos.»

—(¡Jesús, qué atrocidad!) No nos importan.
—Mamá, por lo que veo,
cada día que pasa hay más doctores
dedicados á... eso.
—Bueno; deja el papel. (¡Qué cuarta plana!
¡Le compromete al Verbol)
—¿Pero qué significa lo que anuncian?
—Nada. ¡Vete á paseo!
—Me voy... (á preguntárselo á la chacha,
que debe de saberlo.)

.....
Del diálogo anterior, que á falta de otros
anoche puse en verso,
fui yo testigo antes de ayer, en casa
de las de Cornezuelo.
No dejéis ¡oh papás! que vuestras hijas
ó que vuestros pequeños
lean planas de anuncios; porque es fácil...
que se les caiga el pelo.

Juan Pérez Suñiga.

Borrachera.

¿Qué quieres que conteste
á lo que me preguntas
en son de queja amarga,
con aires de consulta?

No es ésta la primera
terrible carta tuya:
empieza «Amigo Eduardo»,
en vez de «Infame Julia»;
y si á ella se la envió
quizás contigo cumpla
mejor que con consejos
que no aprovechas nunca.

Cuando hablas con tu amigo
á tu adorada insultas,
y luego, cerca de ella,
la mimas y la adulas.

Yo leo y me sonrío;
son fieras tus injurias,
mas bien sé que no tienen
ni pizca de calumnias.

Yo como juez te escucho,
y acepto la denuncia;
mas tú eres quien, por tonto,
mereces pena dura;

pues llevas ya tres años
de amar á quien te burla,
perdiendo junto al ídolo
tu honor y tu fortuna.

¿Por qué hablas, desdichado,
de sombras y penumbras,
de disimulo en ella,
y en tí de amargas dudas?

Al sol muestra sus manchas,
su avilantez no oculta,
liviana se te impone,
la adoras por impura.

Sujétate su engaño
aunque engañado sufras,
y, cuanto más te duele,
más el engaño buscas.

Es para ti ya un vicio,
y como vicio dura;
un vino adulterado
que en sucio vaso apuras.

Borracho impenitente,
¿por qué al licor acusas
y no á quien á beberlo
vilmente se acostumbra?...

Eduardo Bustillo.

¡ALELUYA!

¡Aleluya! El progreso
sigue veloz su marcha hacia adelante.
Ya está la panacea descubierta.
¡Ya tenemos análisis!

Ya sabemos por él que la modestia
es orgullo que sabe disfrazarse
y que es el egoísmo quien da origen
á los actos sublimes de los mártires.

Ya sabemos que el crimen nunca es crimen
y que son los culpables
la atrofia, la demencia, el histerismo
y la causa excitante.

Ya sabemos que es fósforo el talento
y morir trasformarse,
y que eso del amor, son unos nervios:
los cerebro-espinales.

Ya sabemos que el grano de morfina
es un genio alquilado por instantes
y que el llanto no es más que secreciones
de glándulas llamadas lacrimales.

Ya sabemos que vista al microscopio
el agua es de las almas fiel imagen,
y que todo es materia
rotando sin cesar y sin gastarse.

¡Aleluya! El progreso
sigue veloz su marcha hacia adelante...

¡Aleluya! ¡mil veces aleluya!
cantad, cantad mortales
repetiendo orgullosos y contentos:
ya tenemos análisis.

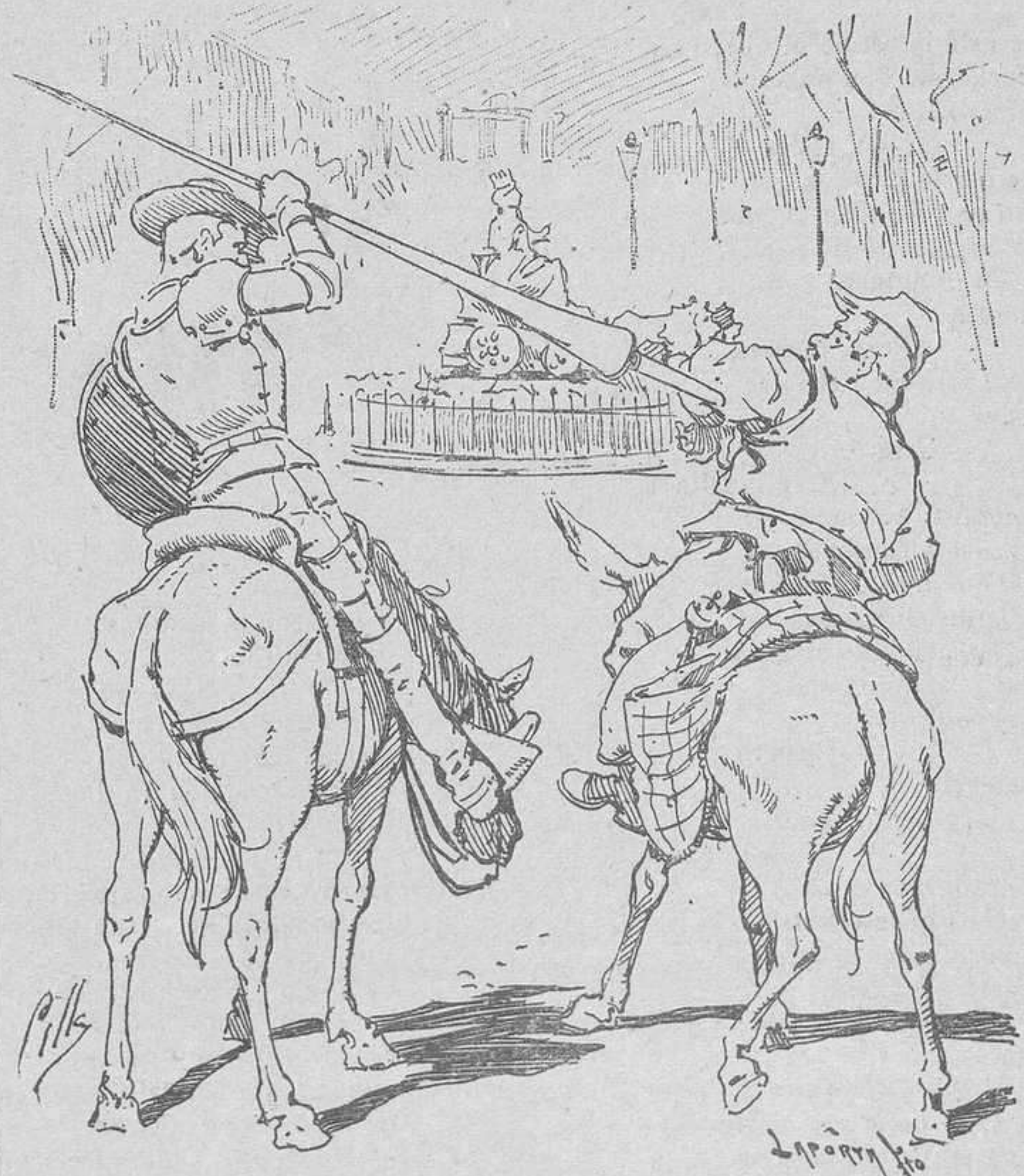
Y luego, cuando cese el regocijo
y cuanto el canto acabe,
dadme pólvora y plomo y... dadme el mundo,
¡que voy á analizarle!

Alfonso Benito Alfaro.

Aventura de la plaza de Madrid.



—Detrás de esa valla ó armatoste que allí se divisa, amigo Sancho, verás aparecer, andando el tiempo, la efigie ó estatua del más grande ingenio que vieron los siglos, de nuestro inmortal y nunca bien alabado creador, de Miguel de Cervantes Saavedra, en fin, espejo de escritores, flor de novelistas y gloria del mundo. Dígolo porque sólo su figura y recuerdo podrán encajar y entonar en tal sitio y semejante plaza, centro y resumen de la nación española, que es únicamente conocida y respetada por él y su magnífica obra, orgullo de los naturales y envidia de los extraños, portento y maravilla de esta nuestra generación y de todas las venideras...



—Paréceme, mi amo y señor, que habéis errado en el juicio, como de costumbre, y que otra aventura de los batanes tenemos.
—¡Oh, hi de tal, bellaco y mal nacido! ¡que no has de comprender que los malos encantadores que siempre nos persiguen han cambiado, deshecho y trastocado la idea de concejales y arquitectos, convirtiendo la figura de aquel ingenio poderoso en esa que ves, raquítica, malaaventurada y fea de remate!

Un día de lluvia.

Á MI DISTINGUIDO AMIGO EL DOCTOR DON VÍCTOR CEBRIÁN

—Monísima de mis ojos,
¿la cubro á usted?
—Muchas gracias.
Voy bien así.
—No lo creo.
—Pues como si fuera.
—Vaya,
no me niegue usted ese gusto,
porque me da mucha lástima
que se vaya usted mojando
teniendo yo aquí un paraguas
tan hermoso.
—¿De veritas?
—Palabra de honor.
Es usted muy tuno.
—¿Qué gracial!
—¿Mucho?
—Sí, señor.
—Y usted muy guapa.
—Ya lo sé, y además tengo
dos manitas muy gitanas
pa quitarme los moscones
de encima.
—¿Caray, qué lástima!
—¿Por qué?
—Porque esas dos manos
tan chiquitas y tan blancas
merecen que las dediquen
á cosas más delicadas.
—¿Lo dice usted con segunda?
—Como á usted le dé la gana,
que yo, por darle á usted gusto,
no he de reparar en nada.
—Hijo mío, estoy pensando
que sería usted una alhaja
si estuviera usted de físico
tan bien como de palabra.
—¿Tan feo soy, alma mía?
—No es que tire usted de espaldas,
pero parece usted un churro
talmente, si se repara
en la color y en la pringue
y en las hechuras y en...
—Vaya,
¿quiere usted hacerme el obsequio
de escucharme dos palabras
con formalidad?
—Y todas
las que á usted le dé la gana;
pero no se eche usted encima
que no soy costal de paja,
ni necesito puntales
pa tenerme.
—¿Pero, ingrata,
si es que usted me debilita!
—¿Quién?
—Usted.
—Será la falta
de alimentos, porque ó yo
tengo la vista cansada,
ó pa mí que á usted le crían
con biberón en su casa.
—¡Olé las hembras alegres
y chulas y desahogadas!
¿Usted es solterita?
—Cuasi.
—Me alegro.
—¿Por qué?
—Por nada.
Porque todavía vamos
á querernos unas mijajas
usted y yo, y á tener luego
muchísima confianza.
—Dios le conserve á usted el golpe
de vista.
—Y á usted esa cara,
que va á ser para este clérigo
porque á mí me da la gana.
—¡No me sirve usted!
—Es que á veces
las apariencias engañan
y donde menos se piensa
ya sabe usted lo que salta.
—¡La liebre!
—Ó si viene á mano
n sujeto con agallas



y corazón y posturas.
—¡Mentira!
—Con verlo basta.
—Es usted muy señorito
pa una mujer ordinaria
y me parece que no íbamos
á congeniar.
—Mire usted, alma:
yo sé querer como quieren
los hombres de circunstancias,
y si usted se trasparenta
conmigo y hacemos changa,
lo mismo le doy á usted
querer y mimo y guayaba
que le hago á usted dos docenas
de lesiones en la cara.
—¡No es usted nadie ofreciéndolo!
—¿Sabe usted una cosa?
—¿Cuál?
—Que si usted tiene un poquito
de aquel y no me desaira,
podemos entrar un rato
aquí en el café de España,
para tratar un asunto
de muchísima importancia.

—¡Quíá!
—¿Por qué no?
—Llevo prisa.
—Eso es despreciarme.
—Vaya,
si usted se empeña, entraremos,
pero...
—¿Pero qué, serrana?
—Que si lleva usted otra idea
va usted á tirarse una plancha.
—¡Yo soy un hombre decente!
—Por si acaso.
—Usted entra y calla.
.....
.....
¡Camarero!
—¿Qué va á ser?
—A mí un *bisté* con patatas,
y á esta joven lo que pida.
—Café con media tostada.
.....
.....
—¡Mozol!
—¡Va!
—¿Ha visto usted á ese
joven con toda la barba
que estaba aquí?
—Sí. ¿Por qué
lo pregunta usted?
—Por nada,
porque hace veinte minutos
que dijo que iba al...
—¡Caramba!
—Y no ha vuelto.
—Pues entonces
espérole usted sentada,
porque el gachó justamente
salió por la puerta falsa
y al salir me dijo, «dice:
—Aquella señora paga».
—¡Qué cochino!
—Sí, señora,
que ha sido una cochinada.
—¡Permita Dios que reviente
con el *bisté*!
—¡Vamos, calma!
que no es á usted á la primera
que le han dado la castaña,
y además, que dos pesetas
son una ensinificancia.
—¡Sí, pero es que no las tengo!
—Lo mismo da, ¡qué caramba!
Deje usted el mantón en prenda
y váyase usted á buscarlas.

P. López Silva.





Evoterapia.

I

Juan ¿era neurótico, neurasténico ó histérico?—No lo sé, y me consuela que á cuantos médicos le visitaron, que no fueron pocos, les sucedía otro tanto. Ello es que el pobre muchacho padecía vértigos, espasmos y hasta varias veces había tenido alucinaciones.

Su buen tío, el párroco del pueblo, le decía con frecuencia:

—Mira, hijo mío, todos tus males no son otra cosa que castigos que te manda Dios por la poca fe que tienes en él y por lo mucho que le ofendes al hablar de religión con tus compañeros. Si te encomendaras con fe al Santísimo Cristo del Consuelo, patrón de nuestro pueblo, ó á Nuestra Señora del Carmen, á quien veneran nuestros vecinos los de Aldeaseca, yo te prometo que habías de verte pronto bueno y sano, como si te hubieras bañado en las mismísimas aguas del Jordán.

Oía esto el mozo con respeto, por el mucho que profesaba á su tío; pero hacía poquísimo caso de aquellos sermones, como hombre á quien habían hecho indiferente las frecuentes, luminosas y profundas polémicas que sostenía en el café con filósofos y pensadores de diez y ocho años.

—Vamos á ver—le dijo un día el cura,—por el cariño que te tengo y el que me tienes, vas á hacerme un favor.

—Usted dirá, tío.

—Tú sabes que la hermandad del Carmen de Aldeaseca había encargado hace tiempo un cuadro de su santa patrona á uno de los más famosos pintores de Madrid.

—Sí, señor.

—Pues el cuadro está ya concluído, y dicen todos que es una maravilla del arte. Mañana, si Dios quiere, se descubrirá al pueblo por primera vez, en una magnífica función religiosa que ha de celebrarse con tal objeto, en la que he de officiar yo. Pues bien, hijo mío, el favor que solicito de ti es que me acompañes á esa función, y fijándote durante la ceremonia en la santísima imagen, le pidas, con todo el fervor de que seas capaz, que te dé la luz de la fe, que ella te dará la salud del alma, tras de la cual seguramente te ha de venir la del cuerpo.

El chico, que jamás hacía gala de su indiferencia religiosa ante su tío, á quien respetaba y quería mucho, le prometió cumplir su deseo, y á la mañana siguiente, muy tempranito, iban clérigo y mozo por aquellos campos de Dios, caballeros en sendos jacos, camino de la muy ilustre villa de Aldeaseca.

II

La cofradía del Carmen echó la casa por la ventana para festejar á su abogada, encargando á un famoso tapicero de la ciudad próxima el decorado de la iglesia, y gastando muy buen dinero en cera é incienso, con lo que, en el momento de la fiesta, estaba el templo hecho un ascua de oro. Apenas cabía la gente de la villa y la mucha que había acudido de los pueblos circunvecinos.

Desde el primer momento se fijó Juan en la cara de la Virgen, que era de facciones correctas y dulcísima mirada, en la que se leía no sé qué de celeste beatitud, que llamó la atención del mozo de tal manera que no podía apartar la vista de aquella mujer ante quien estaban postrados centenares de personas.

De pronto, con la oscilante claridad de las luces, el olor del incienso y el calor de la gente, empezó á turbársele la cabeza y sintió que le faltaban las fuerzas; pero no podía apartar la vista de la cara de la imagen, y experimentando tal fascinación que vió claramente que la Virgen le envolvía en una mirada de dulzura y le sonreía como prometiéndole que en adelante había de ser su protectora. Aquel estado duró un momento, porque, vencido por la debilidad del cerebro, le hizo caer al suelo sin sentido.

III

Desde aquel día observó el cura que se había apoderado de su sobrino una profunda tristeza. En vano le aconsejaba que se distrajera, que fuera algún tiempo á cazar, diversión que hasta entonces le agradaba. Pero todo fué inútil: al muchacho le consumía poco á poco una inexplicable pasión de ánimo de la que no había nada que pudiera sacarle.

Alarmado el tío, juntó todos sus ahorrillos y, poniéndolos á su disposición, le dijo:

—Chico, chico, esto no puede seguir así; no sé qué te pasa que parece que te me mueres por momentos. No puedo ni quiero consentirlo, y no lo he de consentir de ningún modo. Para ti indudablemente son mezquinos los horizontes que se distinguen desde nuestra pobre aldea. Toma ese dinero, vé á Madrid, gástatelo como quieras y muy buen provecho te haga, con tal que logres desechar esa melancolía. No temas por mí, pues mi rentilla nos ha de bastar á ti en la corte y á mí en el pueblo, donde tan pocas necesidades tengo...

Resistióse el chico, insistió el cura; volvió el uno á resistirse y á insistir el otro, y el resultado de todo fué que á los pocos días estaba Juan instalado en una cómoda aunque modesta casa de huéspedes en nuestra coronada villa.

IV

Era una tarde de estío. La Moncloa estaba desierta y Juan se paseaba meditabundo por uno de aquellos quebrados bosquecillos en que plantas y árboles crecen á su gusto y se enredan y enmarañan sin que el inoportuno riego les moleste ni les mutilen la guadaña ó la tijera del jardinero. Los pájaros piaban entre las ramas, disputándose el sitio más cómodo para pasar la noche, y el sol, como un montgolfier que se enfria, iba cayendo poco á poco más allá de la Casa de Campo, como si fuera á descender sobre Pozuelo de Alarcón.



El joven neurasténico, ó lo que fuera, iba triste y cabizbajo, según costumbre, acordándose de la Virgen del Carmen de Aldeaseca, cuando se sintió mal y como amenazado del vértigo que solía acometerle. Sentóse en la falda de un montecillo y acabó por caer en el suelo sin sentido. Después de un rato, cuando empezaba á volver en sí, abrió los ojos y notó que dos ó tres personas le rodeaban, y oyendo una agradable voz femenina que decía: «¿Qué es eso? ¡Allá voy!» volvióse hacia donde sonaba y vió con aquellos ojos aún no despiertos una mujer que descendía lentamente de lo alto del montecillo á cuya falda había él sentido el vértigo. El

sol poniente iluminaba el rostro de aquella mujer con sus rayos rojizos, como iluminaban los cirios la cara de la Virgen del Carmen; en torno de aquella cabeza flotaba un manto negro, y aquella fisonomía, no cabía duda, era la misma que la de la imagen de Aldeaseca. Esto notó el enfermo, y pensando «es la Virgen que viene en mi socorro», cayó otra vez desvanecido. Cuando volvió de nuevo en sí, se encontró en su modesta cama de la casa de huéspedes.

V

Pero ¿quién sería aquella mujer? Él la había visto; su cara era indudablemente la misma que la del cuadro. La duda estaba en si la figura que vió existía realmente, ó si fué un fantasma creado por el delirio de la fiebre.

Ello es que, si antes vivía preocupado y triste, la tristeza y la preocupación iban subiendo de punto, á pesar de lo cual empezó el joven á aliviarse visiblemente porque desde aquel día cambió por

completo de vida: en vez de pasear poco, sin objeto y sin pensar en nada, salía temprano de su casa y daba grandes paseos, no por higiene, sino con la esperanza de encontrar en su camino á la mujer causa de su preocupación. Por espacio de muchos días iba á la Moncloa á la caída de la tarde y recorría bosques, jardines y laberintos con tal anhelo que, aunque andaba tres y cuatro horas seguidas, no notaba el cansancio. Llegaba á su casa rendido, comía bien y dormía casi toda la noche, con lo cual iba recobrando la salud sin darse cuenta del porqué.

VI

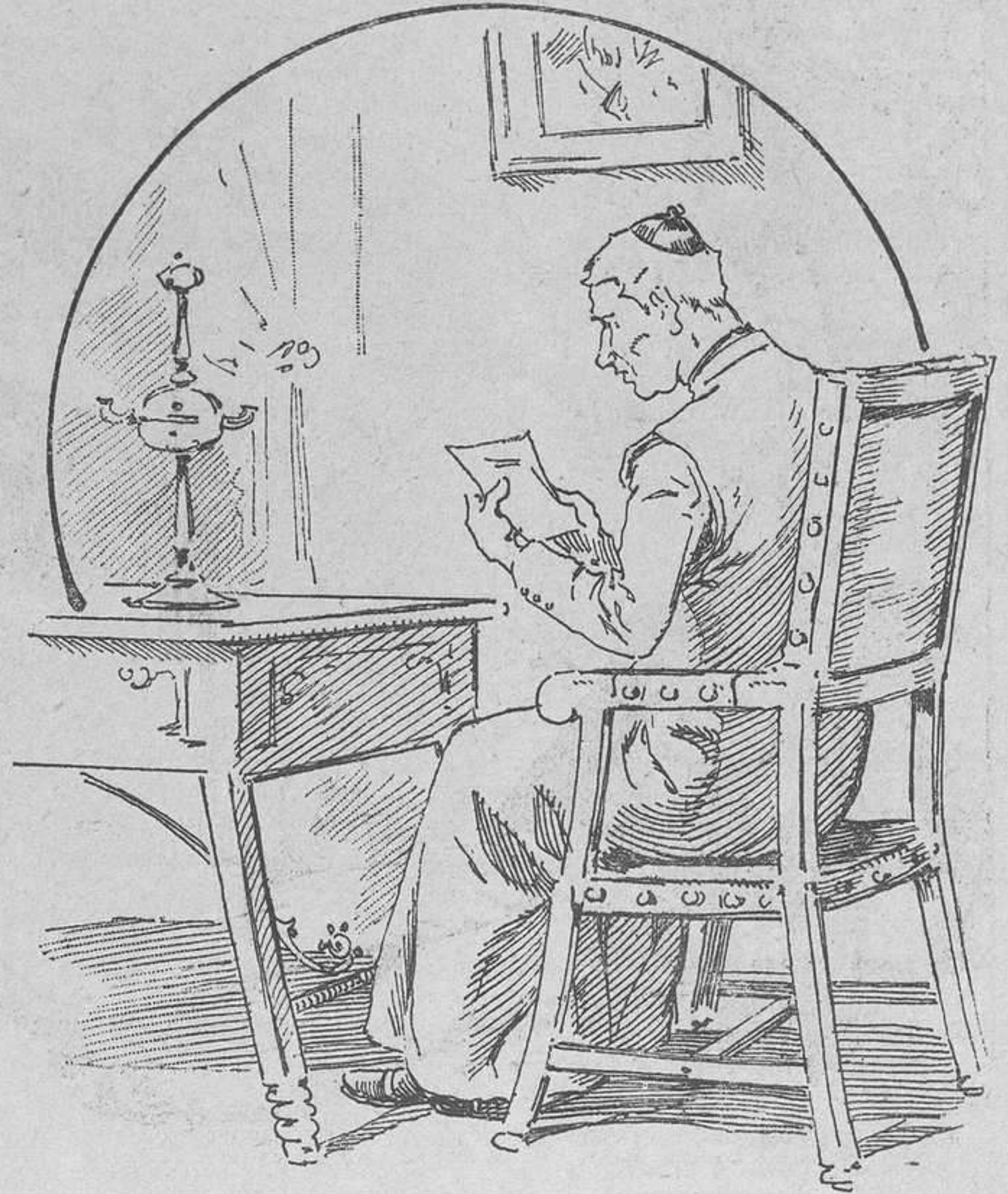
Á los pocos meses recibió su tío con gran júbilo una carta que decía:



«Mi querido tío: Estoy completamente bueno. Hace dos meses que no he tenido vértigos ni fiebre; como con apetito, duermo bien, y he desechado todas aquellas inaguantables melancolias y tristezas que tanto nos desesperaban á usted y á mí.»

«No me mande más dinero; con mi trabajo saco para vivir.»

Entregué al pintor que hizo la Virgen del Carmen de Aldeaseca el último plazo que se le debía. Es un artista de extraordinario mérito. Yo le he encargado un Cristo del Consuelo que quiero regalar á usted para nuestra parroquia. Ya no vivo en casa de huéspedes; he tomado por mi cuenta una habitación... »



Muchas cosas agradables decía al buen clérigo, su tío, en aquella carta, pero se guardaba muy bien de contarle lo más interesante de la historia; y era que vivía con la muchacha que se le apareció en la Moncloa, joven no fantástica, sino de carne y hueso de oficio modelo, de la que se había servido el pintor para hacer el famoso cuadro, y á la cual había conocido Juan en el estudio cuando fué á pagar al artista lo que le adeudaba la cofradía de Nuestra Señora del Carmen de Aldeaseca.

José Estremera.

EL SACRIFICIO

Su niño de seis meses se moría de bronquitis rayana en pulmonía, pero... Juan no tenía la peseta que era el precio asignado á la receta con que acaso el enfermo sanaría.

Y á buscarla se fué. Luego... es sabido que Juan corrió la población entera durante todo el día, mal vestido de rojo balandrán, sucio y raído y con un cucurucho por montera.

Llevaba un cartelón de mil colores con retratos de varios animales, que anunciaba con letras colosales la llegada de un clown de los mejores.

No hay para qué decir que daban risa cartel, y balandrán, y cucurucho, y viendo á Juan ¡el pobre! de tal guisa chicos y grandes... le silbaron mucho.

—¡Sin vergüenza! —¡Indecente! —¡Mamarracho!

—¡Vaya, que es rebajarse una persona!

—¡Por fuerza está borracho!

—¿Vas á dormir con balandrán la mona?

Esto es lo que oyó Juan durante el día y, aguantando las burlas de la gente, como él solo sabía

la causa y la razón de lo que hacía, recorrió su calvario dignamente, sin rubor en la cara

y embebido en su incógnita grandeza,

¡más orgulloso aún que si llevara

el báculo en la mano, y la tiara del Vicario de Cristo en la cabeza!

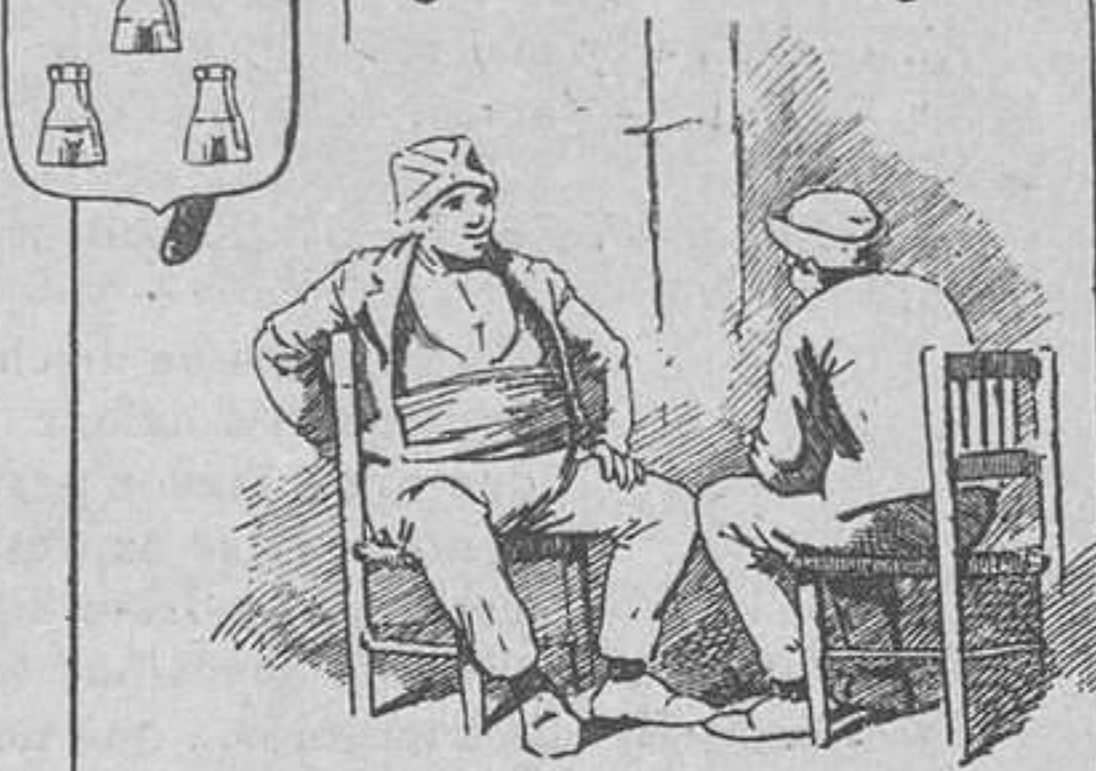
Sinesio Delgado.

ESPAÑA CÓMICA.

ALBACETE



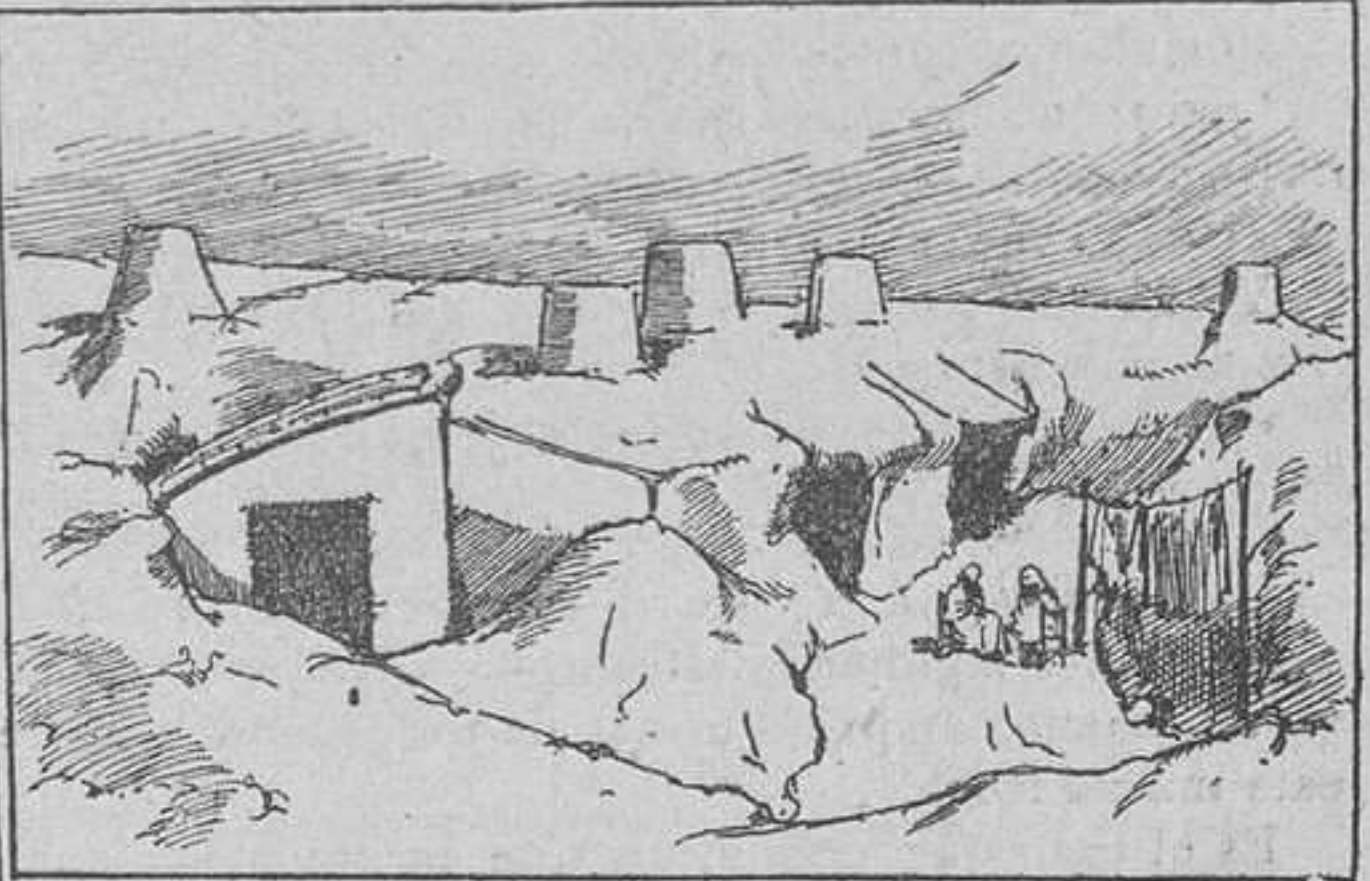
Navajas y puñales



Hablando de la langosta... ¡como si lo estuviera viendo!



Un tipo clásico



Los chalets del ensanche de la puerta de Valencia



Una dama albacetense



Dios la conserve



Un flamenco de por acá



Al paseo de la Cuba, á no dejar un corazón sano.

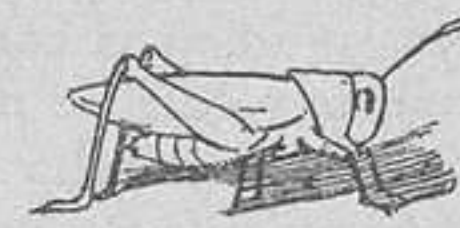
ALBACETE AGRÍCOLA



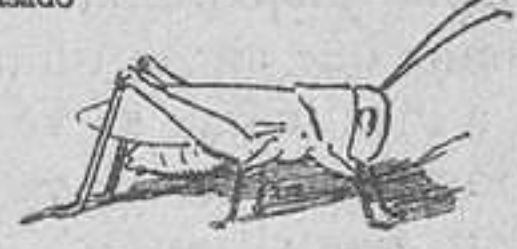
Su pasado



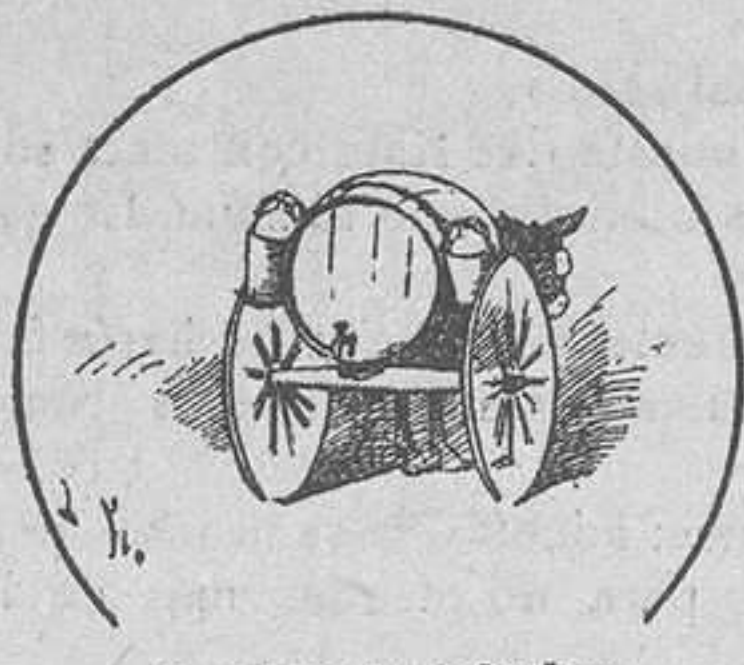
En el azafrán, cojiendo topos



Su presente



Su porvenir.



Agua de los ojos de San Jorge

CHISMES Y CUENTOS.

De intento he dejado pasar quince días esperando que el Excmo. señor ministro de la Gobernación tuviera la bondad de contestarme á la pregunta aquella de «¿es ó no es el peso de los objetos franqueados la base del franqueo?»

Y en efecto, y como era de esperar, S. E., ocupado actualmente en cosas de mayor monta, me ha dejado *in albis*.

Pero en lugar de la contestación del ministro, que era lo que yo hubiera querido coger por mi cuenta, para hacer de ella las deducciones correspondientes, he recibido bajo sobre un ejemplar del *Boletín de Correos* (órgano de las aspiraciones legítimas del cuerpo), que no tiene carácter oficial de ninguna clase, y por consiguiente, no puede sacarme de dudas.

Sin embargo, se me contesta en el susodicho número, no á la pregunta arriba expresada, ¡eso no! porque tiene más *intrínsecos* del que parece, se me contesta, digo, con tal cortesía y buen deseo de que yo entienda las explicaciones, que no puedo menos de pagar á mi querido compañero en la misma moneda.

Por de pronto debo advertir que la Administración del MADRID CÓMICO envía timbrados sus ejemplares hace tres semanas, y por lo tanto, en cuanto voy á decir no me guía otro interés que el de la justicia.

Aquel exceso de coste que antes me ocasionaba el procedimiento de los sellitos, se ha acabado, á Dios gracias, y eso me voy ahorrando yo, y eso se pierde el Estado.

Y ahora vamos á contestar al *Boletín de Correos*.

A todo aquello que yo había dicho en apoyo de mi opinión, y que no repito porque están ustedes cansados de saberlo, referente á la manifiesta injusticia que se hacía con los *particulares* obligándoles á pagar en los paquetes á céntimo por número, fuera cualquiera el peso, y á la desventaja enorme que con esto se ocasionaba á las empresas periodísticas que no quisieran timbrar, contesta únicamente mi distinguido colega:

«Cuando en una discusión se fundan los razonamientos en que tal fué el espíritu de la ley y tal la intención del legislador, bien puede asegurarse la sinrazón del que discute.»

¡Cuerpo de Dios! ¡Es la primera vez que oigo semejante cosa! Pues ¿á qué cree usted que hay que atenerse para sentar un fallo? ¿Á la letra ó al espíritu de la ley? ¡Al espíritu, y á la intención del legislador exclusivamente!

¡Medrados estaríamos, como lo estamos en el caso presente, si por una conjunción mal colocada se fuera á falsear la ley, como se está falseando en este caso, y no me cansaré de repetirlo, aunque el Sr. Ministro de la Gobernación no me contestel

Después, y por si se me había olvidado, remacha el clavo el *Boletín* de la siguiente manera:

«La tarifa de correos dice textualmente:

Periódicos remitidos por las empresas y franqueados por medio del timbre: Tipo de peso: diez kilogramos: 3 pesetas. Periódicos no timbrados ó presentados por particulares: Por cada número suelto un céntimo.»

Está bien. Es decir, está mal, como he demostrado en números anteriores, pero vamos á suponer que está bien. Y diga usted, amigo *Boletín*, ¿por qué cree usted que dice la tarifa lo de número *suelto*? Para diferenciarle del que va con otros en un paquete, ¿verdad? Porque si no, con haber dicho «por cada número un céntimo» estaba la tarifa al cabo de la calle.

Y sobre todo, en esto no cabe discusión. Yo lo que he dicho, y repito, y lo he probado y lo volveré á probar siempre que haga falta, es que esa diferencia á favor de las empresas contra los particulares, y que beneficia á los periódicos de mucho peso y bulto, perjudicando á los que se imprimen ó puedan imprimirse en un papelillo de fumar, es absurda é incomprensible.

Y conste que la diferencia se establece en una tarifa hecha por quien no sabía lo que traía entre manos, pero aunque se estableciera en una ley votada en Cortes protestaría yo enérgicamente contra ella, porque las leyes notoriamente injustas no tienen ni deben tener fuerza de obligar.

Y sigue diciendo el *Boletín*:

«...pero esa diferencia (la que existe entre el coste del timbre y los sellos) no es tan grande como nuestro colega pretende, porque generalmente un número pesa 25 gramos.»

¿Generalmente? ¡Rediez! Los pesará el que los pese, porque usted sabe bien que hay periódicos con 200 páginas en octavo mayor, y periódicos con dos páginas. Y, sobre todo, aquí se trata de que el impuesto sea igual para todos y de que cada uno pague lo que equitativamente le corresponda. ¡Nada de generalidades!

«...y por lo tanto, ciento pesarán 2.500: el timbrado de 2.500 gramos de papel costaría 75 céntimos de peseta, y franqueado con sellos una peseta. Ya ve, pues, el MADRID CÓMICO que el ahorro de 25 céntimos en cada cien números se halla compensado con el ahorro de gastos y molestias que ocasiona el llevar á timbrar el papel antes de la tirada...»

¿Sí? Y ¿quién le mete al Estado en calcularme á mí los gastos y molestias? Y además, no me los ahorra, porque verá usted:

Nosotros timbramos próximamente 6.000 ejemplares semanales; ya ve usted que no es mucho. Pues bien, según las cuentas que usted ha tenido la bondad de echar, resulta que me ahorro, por ese procedimiento, sesenta reales cada semana, que multiplicados por las cincuenta y dos que tiene el año (mientras el director general de Correos no disponga otra cosa) arrojan un total de setecientos ochenta pesetas. Y como el carro que lleva á timbrar los ejemplares necesarios para un mes no me cuesta más que dos pesetas cada viaje, resulta que los gastos y molestias del timbre importan anualmente 24 pesetas. Es decir, que todavía me ahorro, timbrando, setecientos cincuenta y seis pesetas anuales; el sostén de una familia de obreros, como quien no quiere la cosa.

Por eso timbro.

Y añade el *Boletín*:

«Ese granito de arena es simplemente que el MADRID CÓMICO, que por fortuna suya hace una gran tirada (¡ay! no muy grande, no señor), resulta por confesión propia que durante catorce años ha venido defraudando al Estado ¡¡unos cuantos cientos de pesetas!!»

¡Atíza! Se ha puesto de moda eso de las defraudaciones, y quieren que tomemos parte en la danza.

Per. aquí no cuaja eso afortunadamente. Demasiado saben en Correos que siempre hemos mandado los paquetes sin trampa ni cartón, y con el franqueo que les correspondía justa ó injustamente, puesto que, aunque hemos protestado cuando ha llegado el caso, lo hemos hecho después de pagar lo que se nos exigía.

Por último, consten dos cosas.

Que yo no he dicho nunca que los empleados de Correos no cumplan con su deber... en este asunto. Al contrario, siempre he creído que cumplan su deber, pero equivocándose en la interpretación de la tarifa.

Y que queda en pie, y quedará por los siglos de los siglos, la pregunta de marras:

«¿Es ó no es el peso de los objetos franqueados la base del precio del franqueo?»

Ya que tengo á la vista el susodicho *Boletín de Correos* (órgano de las aspiraciones legítimas del cuerpo), voy á aprovechar la ocasión para decir en tan buena compañía lo que de todos modos hubiera yo dicho solito con esta misma fecha.

Es el caso que con motivo de la tracamundana que se ha promovido recientemente á consecuencia de las máquinas rotativas, injusticias del timbre, papel perdido, etc., etc., nuestro colega el *Heraldo* ha propuesto el timbrado de las fajas que, en su concepto, evitaría fraudes y abusos. Probable es que así fuera, pero el procedimiento me parece de gran dificultad en la práctica, y puede sustituirse fácil y ventajosamente con otro que propone el *Boletín*, y en que yo también había pensado, como llevo dicho.

Ello se reduce á establecer en las administraciones de correos básculas automáticas. Llegan todos los ejemplares de un periódico, se ponen en la báscula, la empresa periodística paga el importe del peso total á razón de tres pesetas los diez kilos, los empleados sellan números sueltos y paquetes y... operación concluida.

De este modo no hay fraude ni perjuicio posible, puesto que no se abona el franqueo de los ejemplares rotos, como puede suceder con el timbrado previo, el despacho se hace con más brevedad, y cada uno paga lo que debe, ni más ni menos.

Claro está que, como dice el *Boletín*, habrá que aumentar algo, no mucho, el número de empleados; pero la ventaja indudable, la justicia seca y el beneficio para las empresas y para el Tesoro compensan con creces este pequeño dispendio... sin contar con que esos empleados pueden ser los mismos que ahora timbran en las oficinas correspondientes.

La idea, como se ve, es buena, y celebro mucho que la haya iniciado un periódico de tanta autoridad en la materia como el *Boletín*, tanto más cuanto que al iniciarla viene á confesar implícitamente que tengo yo razón que me sobra para quejarme de las actuales injusticias, puesto que declara que el peso (que es á lo que íbamos) es la madre de todos los corderos... franqueables.

Adopten, pues, la idea los periódicos de gran circulación, á los que sin duda contestará el ministro, implántese la reforma, y todos quedaremos como el pez en el agua.

En el número anterior, y firmada por D. José Guinot Toledano, apareció una composición titulada *La sobrina del cura*, que es, con ligerísimas variantes, igual á otra publicada por nuestro amigo D. Rafael María Liern en *La Gran Vía*.

Pero ¡señor! ¿qué sacarán con semejantes trampas estos angelitos? ¿Creerán ellos que no se va á saber nunca?

Por supuesto que el malandrín que nos la ha pegado esta vez no se llama José, ni Guinot, ni Toledano, como si lo estuviera viendo.

Pero, llámese como se quiera, ¡así se le caiga la campanilla un día de éstos!



CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Klis.—Vulgar y mal medido, que son dos desgracias justas y cabales. Sr. D. Z. F.—Madrid.—¡Pero si esos no son versos, por la Virgen de la Montaña!

Pata Chula.—Vaya, lo publicaré para que pueda usted dormir tranquilo:

«Después de mucho pensar
he llegado á definir
que causa mayor pesar
el no poderse expresar
que el no poderse dormir.»

Y con esta nueva filosofía quedamos todos tan contentos.

Calceñes.—Es una humorada... que no tiene nada de particular absolutamente.

Un andalus.—No versifica usted mal del todo, pero por el aquel de los asuntos no puedo aprovechar ninguna cosilla.

Quintillas.—La idea es buena, pero por el afán de *levantar* el estilo, lo ha hecho usted obscuro sin querer.

Afic.—Me gusta poco. Por Dios, no adopten ustedes pseudónimos conocidos, porque es una música andar rectificando.

El bibliotecario:

«Yo tenía una prima mía
enamorada de un comandante de caballería,
la cual que tenía un gato
que al comandante le daba mal rato.»

¿Y dice usted que no recuerda ninguna poesía que trate con tanta soltura tan delicado asunto? Pues... usted no es bibliotecario ni nada. Lo que es usted es un guasón de primera fuerza.

Un incipiente poeta.—Sí, señor, la he leído entera... aunque no hacía falta, porque desde el principio se ve que no cuenta usted las sílabas como es debido.

Sr. D. G. A.—Carece de soltura el romance; además, esos asuntos personales hay que tratarlos con mucho cuidado para no ofender más de la marca.

Mis.—Tampoco usted anda bien de octosílabos, compadre. Porque á lo mejor los deja usted cojos, y hacen una triste figura.

Peimía.—Huya usted de las imitaciones de Bécquer como de las serpientes venenosas.

Fray Lecito.—No encuentro nada aprovechable. Además, ¿no le parece á usted que *soso* y *soso*, tal como usted lo dice en el segundo epigrama, resultan muy consonantes?

El principiante.—Se publicará, sí señor.

Lu-To.—De una inocencia verdaderamente angelical.

Un zingaro.—La excesiva vulgaridad del pensamiento, y aun de su desarrollo, perjudica á los versos, que están hechos con cierta facilidad.

Un aspirante á poeta.—Bien medidos están, pero con eso no basta. Hace falta además soltura, gracia y... decir algo en ellos.

CHOCOLATES Y CAFÉS
DE LA
COMPAÑÍA COLONIAL
TAPIOCA TÉS
50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES
DEPOSITO GENERAL
CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS
COGNACS SUPERFINOS



JIMÉNEZ Y LAMOTHE
MÁLAGA-MANZANARES

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero derecha.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

MADRID 1894.—Imprenta de los Hijos de M. G. Hernández, Libertad, 16 dup.º

Teléfono 934.